



Mamá Mandinga Entre África y el Caribe

Chelo Naranjo Orovio
y Miguel Ángel Puig-Samper

Ilustraciones,
Ulises González Silva

Mamá Mandinga

Entre África y el Caribe

Chelo Naranjo Orovio
y Miguel Ángel Puig-Samper

Ilustraciones,
Ulises González Silva

Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Madrid, 2022

Este es un libro de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia de uso y distribución Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0).

Más información sobre esta licencia en <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>



Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, solo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.



«Connected Worlds: The Caribbean, Origin of Modern World». This project has received funding from the European Union's Horizon 2020 research and innovation programme under the Marie Skłodowska Curie grant agreement N° 823846. This project is directed by professor Consuelo Naranjo Orovio, Institute of History-CSIC.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado: <https://cpage.mpr.gob.es>

EDITORIAL CSIC: <http://editorial.csic.es> (correo: publ@csic.es)



Edición no venal

© CSIC

© De los textos, Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper

© De las ilustraciones, Ulises González Silva

NIPO: 833-22-125-3

e-NIPO: 833-22-126-9

Depósito Legal: M-19171-2022

Diseño y maquetación:

Martín García Diéguez (Vicepresidencia de Cultura Científica y Ciencia Ciudadana, CSIC)

Impresión y encuadernación: Doce Calles

Impreso en España. *Printed in Spain*

En esta edición se ha utilizado papel ecológico sometido a un proceso de blanqueado ECF, cuya fibra procede de bosques gestionados de forma sostenible.

**Mamá
Mandinga
Entre África y el Caribe**



Caridad Pérez Zulueta, conocida por todos como Mamá Mandinga, había participado en el movimiento campesino de los años cincuenta en Cuba y era santera en La Habana.

Habían pasado muchos años y la situación de la ciudad no había cambiado demasiado, al menos en su aspecto, siempre que nos refiramos a las casas, los monumentos, las calles, etc., aunque ahora las religiones afrocubanas, sus manifestaciones artísticas, su música con tambores y güiros, sus ritos y sus bailes comenzaban a ser tolerados.

El carnaval había decaído, pero conservaba ese aire desenvuelto en el que se mezclaba lo español con lo afroamericano en las danzas, los disfraces y las máscaras.

Su madre, Margot, procedía de una familia esclava propiedad del alavés Julián de Zulueta, muy conocido por su actividad política, en la que llegó a ser alcalde de La Habana, y por sus empresas dedicadas a la trata de africanos. Su historia familiar se había transmitido de forma oral de una generación a otra.



El bisabuelo había sido secuestrado en las costas africanas de aquello que los capitanes llamaban Guinea desde tiempo inmemorial y que en realidad era un vasto territorio de la costa occidental de África en la que convivían culturas diferentes. Siempre dijeron que su nombre real era Kumba, pero que fue bautizado al llegar al puerto habanero como Francisco Mandinga, porque al parecer pertenecía a esta etnia africana.

La historia que contaba Mamá Mandinga a sus nietas, nietos y otros jóvenes del pueblo sobre el secuestro en África de su bisabuelo era un episodio más de la larga sombra que fue la esclavitud africana. En ella, desde el siglo xvi estuvieron involucradas todas las potencias europeas y posteriormente Norteamérica. Portugal, Gran Bretaña, Holanda, Francia y España traficaron con más de 12500000 de africanos en un comercio que se prolongó hasta mediados del siglo xix.

La historia de Kumba es un relato más que hace volver a algún rincón de África cuando caminaba cerca de su aldea con un amigo, también muy joven, en busca de caza. Estaban descansando al pie de un gran árbol,





siempre protector según sus creencias, cuando apareció un grupo de hombres que les amenazaron con sus armas y sus perros. En pocos minutos estaban con grilletes en los tobillos y con cadenas que apretaban sus cuellos, formando una larga hilera rumbo a la factoría. Kumba no pudo despedirse de su familia y sus amigos y solo tenía el desgraciado consuelo de mirar a su amigo Kundingo, que caminaba delante de él con paso tembloroso y la mirada perdida en el suelo.

Caminaron así durante dos días hasta llegar a una fortaleza amurallada construida con grandes piedras, que albergaba varios barracones miserables en los que los europeos encerraban a los africanos recién esclavizados con la intención de despojarles de todo.

Allí se desvanecía todo lo que una persona pudiera tener, aunque lo peor era la pérdida de la identidad y la dignidad. El sueño de conseguir la libertad comenzó en ese momento en el que pasaron a ser mercancías y fueron marcados con un hierro candente unos en el pecho, otros en el hombro, y otros en la parte superior de la espalda.

Los esclavistas los alimentaban mal, y de vez en cuando los sacaban al patio para lavarlos con baldes de agua y permitir que tomaran el sol un rato, pero la tristeza llegaba a cada momento como una espada sigilosa hasta conseguir que muchos cayeran en un vacío inmenso. Kumba les había contado cómo muchos de los apresados en la selva dejaban de comer y en los barcos, camino de América, se dejaban ir hacia los brazos de la muerte, algo que los capitanes impedían con un aparato médico que les obligaba a abrir la boca para alimentarlos de manera forzada como se hacía con algunos animales.

Mamá Mandinga relataba cómo el amigo de su bisabuelo, Kundingo, había sufrido un ataque de pánico al ver a los marineros beber en la cubierta del barco de unas botellas que contenían un líquido rojizo, quizá la sangre de algunos africanos capturados días antes. Gritaba que no quería ser devorado por aquellos diablos blancos que sin duda los habían engordado para comérselos en el viaje. Aunque, ya en la cubierta, Kumba logró tranquilizarle algo cuando caminaban encadenados hacia la bodega, Kundingo siguió sollozando en silencio mientras pensaba en los caníbales blancos, que incluso llevaban zapatos de piel negra cuya procedencia era dudosa.

Según el relato de Mamá Mandinga, Kumba y su amigo llevaban a bordo del navío danés Christianbourg más de dos horas cuando se produjo una rebelión de parte de los esclavizados. La verdad es que por número la victoria debía estar asegurada; los europeos que controlaban la nave eran 36 frente a 452 africanos de diferentes etnias. El líder de la rebelión recibía el nombre de Ruperto Carabalí, quien al parecer controlaba a una porción importante de los de su grupo por ser un jefe tribal con atributos religiosos.

En un instante, que transcurrió muy rápido, estalló el asalto de los cautivos hacia el puente de mando, en el que se encontraba en esos momentos uno de los pilotos y el cirujano del barco. Estos quedaron gravemente heridos en el suelo por los golpes recibidos en la cabeza con barras metálicas. Parecía que los esclavos se iban a hacer con el control del barco, cuando recibieron los disparos certeros de unos pequeños cañones colocados en lo más alto del buque y ráfagas de fuego de las armas de los pocos marineros que se habían situado de forma estratégica y ordenada en ese mismo lugar. Los alzados se





detuvieron espantados al ver la carnicería que se había provocado y los cuerpos destrozados sobre la cubierta. Ruperto Carabalí les chillaba que continuaran en el combate escalando hacia la línea de disparo de los artilleros, pero la mayoría de los africanos retrocedieron o decidieron saltar por la borda antes de ser capturados por los marineros.

Una hora más tarde Ruperto Carabalí colgaba del palo mayor del Christianbourg como escarmiento para el resto de los esclavos. El balance de esta rebelión fue de dos heridos graves en la tripulación, treinta esclavos muertos en el combate y once ahogados al tirarse al mar de forma voluntaria para escapar de los castigos.

Con orgullo, Mamá Mandinga contaba a los niños y niñas boquiabiertos cómo Kumba y su amigo resistieron el viaje a pesar de las enfermedades, sobre todo disenterías y fiebres, y de la mala alimentación, consistente en arroz, ñames, tajo (carne seca), plátanos y maíz con poca agua. De vez en cuando los subían a cubierta para que se bañaran y les dejaban bailar y cantar para desentumecer los músculos, ya que la situación en las bodegas era insoportable.

Después de varias semanas de travesía, al llegar al puerto los esclavos fueron encerrados en un barracón durante cuatro días y allí fueron hermoseados para que parecieran más fuertes y sanos. Recibieron mejor alimento, que incluía algo de carne, doradas, malanga, papas, plátanos y casabe, y su cuerpo era cubierto con aceite de palma para que brillara.

La venta de Kumba se realizó al tercer día en uno de los muelles de la ciudad sin problemas e inmediatamente fue marcado por el hierro abrasador del carimbo. Su comprador fue un hacendado de Matanzas, socio de la familia Zulueta, que se dedicaba al cultivo de caña y la producción de azúcar. Tras un examen minucioso de su cuerpo y al no encontrar tachas, lo compró.

Mamá Mandinga abría su boca recordando cómo les examinaban los dientes, los músculos, la vista, la falta de señales de enfermedades como la viruela, además de hacerles caminar para comprobar si tenían algún defecto, si eran cojos, quebrados o patizambos. Lo curioso es que además los compradores buscaban que los esclavos tuvieran cualidades morales como la obediencia y la sumisión a los amos o la falta de ánimo para escapar. Kundingo, ahora bautizado como Antonio Mandinga, se quedó en La Habana, un lugar ajeno a su cultura y a su vida. No se supo nada más de él.

Kumba subió a una carreta la misma mañana en que fue vendido. Iba acompañado por Ángel Congo, Venancio Mina, Marcelo Mandinga, Pilar Conga y Rosalía Mina. Rosalía llevaba una pequeña criatura que, como hija de esclavizada, también tenía el mismo destino: la esclavitud.

Los cuatro hombres iban a trabajar en el cañaveral cortando caña de azúcar y realizando las tareas propias del ingenio, en tanto que las dos mujeres fueron llevadas a la casa grande del hacendado como esclavas domésticas. Pilar Conga, que por entonces tenía 17 años, terminaría siendo la esposa de Kumba, ya reconvertido en Francisco. Llegaron a tener cinco hijos en el barracón del ingenio, donde nacieron. Entre ellos estaba su abuelo Manuel, el padre de Margot.





CODE NOIR.
O U
RECUEIL D'EDITS,
DECLARATIONS ET ARRETS
CONCERNANT
Les Esclaves Nègres de l'Amérique,
A V E C
Des Recueils de Règlement, et remarques les plus utiles pour l'Instruction de l'Ambassadeur en les Esclaves.

Años más tarde, trabajó también como esclavo alquilado. Ello le permitió ahorrar algún dinero con el que pudo comprar su libertad y soñar con la posibilidad de comprar también la de sus hijos.

Los ojos de los jóvenes y de los niños se abrían más y más según Mamá Mandinga hablaba. Sus palabras los trasportaban a África y de allí al Caribe, deshaciendo el viaje que sus antepasados fueron forzados a hacer. Nadie se atrevía a interrumpir. Aquel relato, lleno de música, contenía códigos que en sus cabezas se transformaban en caminos por los que las mujeres y los hombres esclavizados se deslizaban dejando entrever un pasado que permanecía vivo, y que quería escapar del olvido.

Era fascinante lo que Mamá Mandinga les había contado: ¡los esclavos podían negociar la compra de su libertad!

Cuando regresaron a sus casas, los más mayores preguntaron a sus padres y se afanaron por buscar información sobre los reglamentos que reglaban la vida de los esclavizados. Fue al que llamaban Luis Mandinga, por su parecido con su abuela, quien encontró algunas respuestas. Una larga lista de deberes y derechos regularon durante siglos la relación entre amos y esclavos: la vida, los castigos, la jornada laboral, la vestimenta, la cristianización, pero también la posibilidad del esclavo de solicitar amparo a la justicia.

El abuelo Manuel, el padre de Margot, siempre luchó por ser libre. Primero con fugas constantes hacia el monte como cimarrón, como se les llamaba a los que huían. En el monte se unió a otros cimarrones en el poblado que habían

construido y que, en algunos territorios como Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo o Colombia llamaban palenques o manieles. Su huida la recuerda como un acto de heroísmo, de lucha y de resistencia frente al amo, pero también como una vivencia de miedo constante por la persecución a la que eran sometidos. Con el tiempo, pudo contar aquella experiencia de gloria y de dolor que terminó con la llegada de una cuadrilla de hombres experimentados en su captura, los llamados rancheadores que, a caballo y con una jauría de perros, redujeron a algunos de los huidos.

El silencio llenó el espacio con horror y rabia contenidos. Desde el fondo, los más mayores de la comunidad entonaron un canto que recordaba las hazañas de algunos fugitivos que habían conseguido la libertad. Los menores quisieron saber más y comprender aquellos versos en los que se mezclaban distintas lenguas que ellos desconocían.

El cántico, explicó Mamá Mandinga, era la llamada a la rebelión y el grito de libertad pronunciado por el esclavo Makandal en el Saint-Domingue francés a mediados del siglo XVIII, cuando se alzó y consiguió que muchos le siguieran. Fue durante unos años una pesadilla para las autoridades, que solo acabó con su captura y su muerte en la hoguera en 1758.

Los blancos, prosiguió Mamá Mandinga, pensaron que Makandal había muerto pero, en realidad, mientras las llamas consumían su cuerpo, una de las brasas se escapó hasta perderse en el horizonte. Era el espíritu de Makandal que volvía a África para reunirse con sus antepasados, y desde allí continuar nuestra lucha.





Brasil 1888
Costa 1886
Puerto Rico 1873
Aruba 1863
Colombia 1851
Martinica 1848

Hechizados por el relato, un aire frío recorrió la sala. ¿Era el preludio del regreso de Makandal?

En un momento de silencio, Ernesto Lucumí, esposo de Caridad, Mamá Mandinga, que seguía el relato desde el patio, se acercó al grupo. Desde pequeño en su casa había oído historias sobre las luchas de los esclavos para conseguir la libertad y el fin de la esclavitud, la llamada abolición, que llegó de diferente manera y en distintos momentos. En una ocasión, Ernesto recordó que un nonagenario de nombre Cándido, del pueblo de Alacranes donde él se crio, le dijo que hasta los años sesenta del siglo XIX el comercio clandestino desde África se mantuvo. Y con él permaneció la esclavitud, al menos allí donde ellos vivían. Cándido cerraba sus ojos hundidos y hablaba de aquellos años en los que corría el rumor de que los amos liberarían a los esclavos por orden del rey. Corrían los años setenta del siglo XIX. Unos años después, Cándido y su familia consiguieron ser libres, allá por 1886.

Fue entonces cuando miles de afrodescendientes nacidos en la esclavitud accedieron a la libertad tras la abolición. Algunas personas como Margot pudieron mejorar un poco su situación por sus habilidades como curandera y herbolaria, lo que le hacía ingresar algo de dinero y sobre todo comida que conseguía por trueque a cambio de sus medicinas, casi siempre procedentes del campo.

Mamá Mandinga era fruto de aquel pasado. Las historias que escuchó desde niña encerraban la vida de sus antepasados, que ahora con orgullo relataba a los más jóvenes del grupo.

No estáis solos, les decía. Sois parte de un pueblo antiguo con unas tradiciones valiosas que debéis aprender y contar a otros. Aunque llegamos aquí como esclavos, aunque aquí nacimos esclavos, aunque nos quisieron quitar nuestra condición de persona y nos eliminaron nuestros nombres e inventaron otros, desde el comienzo de ser atrapados y vendidos, muchos de nuestros antepasados opusieron resistencia en los barcos esclavistas y en América. La resistencia también la realizamos conservando nuestros valores, creencias, maneras de ver el mundo, comidas, músicas y bailes.

Formar parte de una religión, sentirse miembro de un grupo, les decía Mamá Mandinga, nos ayudó a permanecer unidos. Rodeada de otras personas como yo, sentía que el espacio ritual donde hacíamos las ofrendas a nuestros dioses, era un lugar sagrado y reservado, privado y propio. Las deidades africanas y católicas, nos dieron la fuerza para sentirnos parte de otro mundo. Un mundo al que nos incorporábamos en unas ceremonias de purificación y de unión con los espíritus, vestidos de blanco como símbolo de pureza. El babalao nos iniciaba en la santería inoculándonos, a través de sus manos en nuestra cabeza, saberes que se transformaban en un poder sobrenatural. Así fue cómo recibí los poderes de mi santo patrón, que es desde entonces mi ángel de la guarda; me «hice santa» e ingresé en la regla de ocha-ifá.





Las palabras de Mamá Mandinga se tornaban sonidos cuando recordaba los bailes y toques de tambor a los que desde niña asistió. La música invadía cada rincón de su casa cuando había un toque de santo, o cuando se invocaba a algún muerto, o se celebraba alguna fiesta.

Su voz se transformaba en un sonido melódico que acompañaba con movimientos armónicos. A ella se unieron otros, niños, jóvenes y adultos quienes, como en otros tiempos, bailaron al ritmo de tambores, entre ellos el yembé, que Antonio, el hermano de Mamá Mandinga, se colocó entre sus piernas.

Al lugar acudieron algunos vecinos. Uno con una kora, otro con un atumpán, y otros bailando a la vez que entonaban canciones. La música era una invitación a reunirse aunque no hubiera nada que celebrar.

Había llegado el momento del baile y la comida. La habitación se llenó de música y aromas que se confundían. Ernesto Lucumí trajo una gran bandeja con ñame, malanga, arroz y distintos tipos de plátanos, plátano fruta o guineo, plátano macho hervido, además de un líquido azucarado llamado guarapo que fue sirviendo en vasos. Mientras les ofrecía a los invitados canturreó una canción cuyos versos recordaban la llegada un barco de África cargado de esclavos y de víveres, que durante la travesía fueron su sustento.

Nosotros llegamos a estas tierras del más allá, les decía Ernesto, y con nosotros llegó una parte de los alimentos que hoy seguimos comiendo en América, y, me han dicho que también, en otros continentes.

Entonces, preguntó uno de los niños, ¿el azúcar no creció aquí? ¿también viajó con los esclavos?

Sí, dijo Mamá Mandinga, la caña de azúcar viajó en aquellos barcos, y fueron sus brazos quienes la trabajaron. Aunque su cultivo es parte de nuestra historia, vino de las islas Canarias, donde, según dicen, se plantaba desde tiempos remotos. Lo mismo sucedió con el plátano y con tantos alimentos que ahora comemos.





El día había sido muy caluroso y aunque el cielo anunciaba lluvia, la tormenta aún se oía lejana.

Mamá Mandinga y Ernesto Lucumí se sentaron en las mecedoras al borde del porche esperando la refrescante brisa. Era un ritual que casi repetían todos los atardeceres tras el fin de trabajo. Era entonces cuando comenzaban a recitar aquellos versos del *Canto Negro* de Nicolás Guillén aprendidos en la escuela:

¡Yambambó, yambambé!
Repica el Congo solongo,
repica el negro bien negro;
congo solongo del Songo
baila yambó sobre un pie.

Mamatomba,
serembe cuserembá.
El negro canta y se ajuma.
el negro se ajuma y canta,
el negro canta y se va.
Acuememe serembó.

aé;
yambó,
aé

Tamba, tamba, tamba, tamba.
tamba del negro que tamba;
tamba del negro, caramba,
caramba, que el negro tamba:
¡yamba, yambó, yambambé!

En las paredes del amplio salón contiguo al porche colgaban máscaras. Uno de los jóvenes entró y cogió la más grande poniéndosela sobre su cara.

Mamá Mandinga con una gran risotada preguntó: ¿Quién es, qué es?

Muchos levantaron sus manos y se apresuraron a contestar: es un guerrero; es un dios; es un hechicero; es un muerto....

Mamá Maninga, que no paraba de reír, dijo: no, no es un guerrero. Tampoco es un dios, ni un hechicero, ni un muerto. Esta máscara es un objeto que nos protege de los malos espíritus, guarda nuestras cosechas, y nos alivia en los males. Esta y otras máscaras se usaban en África en las ceremonias para proteger a la comunidad. Así me lo enseñaron mis abuelos y mis padres, y a ellos sus padres y sus abuelos, y así sucesivamente hasta llegar al principio de los tiempos cuando todo nació allí, en África.

La luz se iba haciendo cada vez más tenue en medio de las historias de cuyo poder embelesador pocos podían escapar.





Nzinga Zulueta, una de las más jóvenes afrodescendientes cuyo apellido era la memoria de la esclavitud, y cuya imagen simbolizaba varios siglos de mestizaje, se levantó y con voz grave comentó que ahora sabía porqué en la escuela una niña, durante una pelea, le había dicho con enfado que ella era negra. Al regresar a su casa había preguntado a sus padres qué había querido decir aquella niña. ¿Por qué se enfadó conmigo y me dijo que era negra? ¿Qué quiere decir que alguien es negra?

Su pregunta hizo recordar a Mamá Mandinga lo que ella nunca entendió ni aceptó, el trágico sino de una parte de la humanidad, condenada a deambular simplemente porque su color de piel era diferente a la de los europeos blancos.

Alzando la voz, Caridad les habló de cómo su madre le enseñó a sentirse orgullosa de su origen y de su negritud. Nuestro color de piel, prosiguió, recuerda nuestra procedencia africana, nuestro origen y el de nuestros antepasados esclavizados. Nuestro color es, además, la muestra del mestizaje y de la diversidad.

La noche cayó sobre el porche poco iluminado, en el que de nuevo se escucharon los tambores. Su sonido recordaba el ritmo que desde hacía siglos retumbaba en África. Su melodía era densa y estaba cargada de tradición, resistencia y orgullo. Su sonido convocaba a seguir luchando por conseguir que su color no fuera una marca de desigualdad ni de rechazo. Su música es ya patrimonio de la humanidad.



«Connected Worlds: The Caribbean, Origin of Modern World».

This project has received funding from the European Union's Horizon 2020 research and innovation programme under the Marie Skłodowska Curie grant agreement N° 823846.

This project is directed by professor Consuelo Naranjo Orovio, Institute of History-CSIC.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CIENCIA
E INNOVACIÓN



CSIC

EDITORIAL

CSIC